

# EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

Vobis etiam merito accepta referimus, qui tam strenue religionis, et iustitiae partes tueas susceperis.....

DIARIO CATÓLICO, APOSTÓLICO ROMANO.

Deumque, cuius causam agitis, rogamus ut vos in proposito confirmet.—Pío IX al Director y redactores de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

PRECIOS DE SUSCRICION.—En Madrid, 12 rs. al mes.—En Provincias 17 rs. al mes, y 50 por trimestre en casa de los comisionados, y 15 rs. al mes y 12 el trimestre en la administración.—En el Extranjero: 70 rs.—En Ultramar 90 rs. trimestre.—La administración no responde de los sellos que se le remitan en carta sin certificar.

PUNTOS DE SUSCRICION.—Madrid: En la administración, calle de Pelayo, números 38 y 40, cuarto principal de la derecha.—Provincias: En los puntos que se anuncian el último día de cada mes.—París: Agencia franco-española de D. C. A. Saavedra, 55, rue Taitbout.—No se devuelve ningún manuscrito.

## JUNTA CENTRAL CATÓLICO-MONÁRQUICA.

La Junta Central católico-monárquica ha dispuesto que se publique el adjunto dictamen de la comisión de abogados sobre el juramento de los diputados.

El secretario,  
El conde de Canga Argüelles.

La comisión central de abogados para la protección y defensa de los carlistas ha estudiado detenidamente la cuestión que se sirvió someter a la Junta Central católico-monárquica, acerca de si podría exigirse juramento a la Constitución y al monarca votado por las Cortes Constituyentes a los diputados provinciales nuevamente elegidos.

Para corresponder dignamente a la confianza de la Junta Central, la comisión de abogados, estudiando este punto en el terreno de las leyes escritas primeramente, y luego en la más alta esfera del derecho constitucional hace caso omiso, con deliberada intención, de todo otro punto ajeno al derecho, que es de la especial incumbencia de los que suscriben.

Desde luego anticipamos la opinión de que no hay ninguna ley escrita que prevenga dicho juramento por lo que hace a los diputados provinciales, y que tal exigencia, en todo caso, sería opuesta a la doctrina y al espíritu de la Constitución vigente.

La ley electoral de 20 de Agosto de 1870 es el primer texto legal que hay que examinar; es evidente que si la ley citada hubiese querido imponer tal obligación allí se encontraría el precepto, ya en el artículo 2.º, título 1.º, entre las funciones del gobernador, ya en el artículo 3.º del mismo título 2.º referente a la organización y modo de funcionar la diputación provincial, lo cual no acontece. De manera que no puede abrigarse la menor duda acerca de que esta ley no exige ningún juramento para dar posesión a los diputados provinciales.

No puede oponerse a esta doctrina lo dispuesto en la ley decretada y sancionada por las Cortes Constituyentes y publicada con fecha 18 de Diciembre de 1869, puesto que en esta ley se declaran sin derecho a desempeñar destinos y funciones públicas y al percibo de haberes de retiro, cesantía y jubilación a todos los que no hayan jurado la Constitución, a los no acreditados haberlo verificado en el término de un mes y ante las autoridades competentes.

Desde luego se conoce, a poco que en ello se pare la atención, que esta disposición legal, ni puede, ni debe elevarse a los diputados provinciales, pues que aunque desempeñen funciones públicas, por lo que respecta al ejercicio de su cargo, no son funcionarios públicos en el verdadero sentido de esta voz. Los diputados provinciales solo son hombres públicos, como quiera que reciben del pueblo una misión política de gran importancia y respectiva a la administración y distribución de los intereses provinciales, y la ley de Diciembre es sólo aplicable a los empleos y funciones públicas que dependen de la administración activa y que están subordinados al poder central del Gobierno, del que reciben y toman su carácter público.

La nueva ley provincial al reconocer como autoridades al gobernador, la diputación provincial y a la comisión provincial, dice sobre la diputación que se compone de los elegidos por los vecinos de cada provincia con arreglo a esta ley, y a la que dispensa la ley electoral, y cuando de examinar las elecciones se trata y de reconocer la validez de las actas no admite otro poder que la misma diputación provincial como se establece en los artículos 26, 27, 28 y 29, con tal vigor de independencia que, aunque según el art. 2.º, número 1.º, compete al gobernador presidir sin voto la diputación provincial, salvo el caso extremo del art. 62, y aunque el artículo 32 establece que la primera sesión de cada período se abra por el gobernador en nombre del Gobierno, en punto al modo de constituirse la diputación provincial, así interina como definitivamente (artículos 26 y 28), no permite que se mezcle en esto el gobernador que nada tiene que hacer, ni en la declaración de vacante para la elección parcial en el caso del párrafo 2.º del artículo 28, ni en el supuesto de anularse alguna acta tiene que entender nada, siendo la misma diputación que la hace la declaración de vacante. Y todavía viene a confirmarnos más en estas ideas el art. 30, que reconociendo a la diputación provincial como centro administrativo le otorga el privilegio de que sus providencias o resoluciones causen estado si no se establece contra ellas el recurso contencioso-administrativo ante la Audiencia respectiva, regla que en lo que atañe a la independencia de la diputación provincial respecto de la materia que nos ocupa, halla su complemento en el artículo 35, según el cual corresponde a la diputación provincial admitir o desear las renuncias y declararlas vacantes.

Queda, pues, a nuestro ver demostrado de una manera concluyente, que siquiera sean los diputados hombres públicos y desempeñen autoridad provincial en las materias de su incumbencia, no así puede decirse que su misión es parecida bajo ningún concepto a un destino o función pública, a cuyo ejercicio ha vinculado la repetida ley de las Cortes la previa formalidad de prestar juramento a la Constitución.

Si pudiera aun suscitarse alguna duda, habría de desvanecerse leyendo el mismo texto con reflexión y estudiándolo con detenimiento.

El desempeño de un destino da un derecho a la retribución que el empleado recibe y al honor y posición que le acompaña. Deriva todo ello de un nombramiento que recibe el funcionario, y empieza, prosigue y concluye sus funciones bajo la autoridad del ministro responsable que autoriza su nombre.

Por el contrario el diputado a Cortes o el diputado provincial, no reciben su investidura sino de la elección, ni obedecen a la autoridad del ministro, sino en la esfera del orden jerárquico administrativo, como que emanan sus poderes del sufragio que les dió el mandato sin que el consejero responsable del jefe del estado pueda limitar su acción ni incapacitarlos conforme a la ley orgánica de su institución.

Que las funciones públicas a que se refiere la ley de 18 de Diciembre de 1869 no son más que las que traen su principio de un nombramiento ministerial, se confirma por el segundo extremo del período en que se habla sobre los haberes de retiro, cesantía o jubilación que parecen ser el segundo término de una disyuntiva cuyo primer extremo es destino retribuido y función pública remunerada o procedente a lo menos del Gobierno.

A más la frase siguiente: a todos los que no hayan jurado la Constitución, ó no acrediten haberlo verificado en el término de un mes y ante las autoridades competentes, supone empleados antiguos que que no la han jurado ó empleados nuevos que han de jurar y un superior que no tienen los diputados provinciales.

Si se supone que alcanza a los elegidos del sufragio universal aquel precepto, se hubieran hallado

comprendidos en él, sin pensarlo, los mismos diputados constituyentes que desempeñaron a su vez funciones análogas en su esfera, a los de la diputación provincial en la suya.

En otro terreno más elevado, esto es, en el constitucional, uno de los derechos que la Constitución consigna (art. 16) es el que tiene el español de votar en las elecciones de diputados a Cortes, senadores, diputados provinciales y concejales a quien quiera, es decir, que el sufragio universal es un artículo fundamental de la Constitución de los que no pueden su-penderse por el 34 en ningún caso.

Además el art. 37 de la propia Constitución confiere la gestión de los intereses pecuniarios de las provincias a las diputaciones provinciales con arreglo a las leyes y el art. 99 dice que la organización y atribuciones de las diputaciones provinciales y ayuntamientos se regirán por sus respectivas leyes, y que estas se ajustarán a los principios siguientes:

1.º Gobierno y dirección de los intereses pecuniarios de la provincia ó del pueblo por las respectivas corporaciones.

2.º Publicidad de las sesiones.

3.º Publicación de presupuestos, cuentas y acuerdos importantes.

4.º Intervención del rey, y en su caso de las Cortes, para impedir que se extralimiten de sus atribuciones en perjuicio de sus intereses generales y permanentes, y determinación de impuestos a fin de que los provinciales no se hallen nunca en oposición con el sistema tributario del Estado.

Toda estas disposiciones forman un sistema completo de independencia a las diputaciones elegidas por el sufragio universal, y los artículos 16, párrafo tercero del 34, 37 y 99 de la Constitución al garantizarla, demuestran que el diputado provincial es un poder ó parte de un poder constitucional, que no puede regirse por otra ley que la orgánica respectiva, y no debe obedecer a ningún otro precepto; de suerte que aunque se pudiese aplicar la ley de 18 de Diciembre de 1869 al diputado antes de la ley provincial de 20 de Agosto habría quedado la ley de 18 de Diciembre abolida luego de dictada esta otra, que es la orgánica por la que se han de regir las diputaciones provinciales, que como queda dicho, no se comprende la obligación de jurar.

De estas mismas doctrinas y textos se infiere, que salvo el caso de extralimitación de sus atribuciones en perjuicio de los intereses generales y permanentes, no puede el Gobierno mezclarse en la órbita de acción de los diputados provinciales (párrafo 4.º del art. 99), pues su gestión es libre y tan independiente, que hasta la propia legalidad de la elección toca privativamente al mismo cuerpo, a tenor de los principios que imperan en la Constitución y en las leyes orgánicas (artículos 26 al 30 de la ley provincial) y que no es ocasión de criticar.

De aquí nace que si se exige por el Gobierno el juramento del diputado provincial y este lo resiste, el Gobierno no puede pronunciar su incapacidad ni menos convalidar el distrito para el caso de haberlo facultado peculiar de la diputación misma (art. 35). Tan elevado se hace, tan independiente del rey y del Gobierno se declara al diputado provincial, y a la corporación misma por las leyes.

Interese de estas consideraciones otra no menos importante. Es a saber: que el círculo de la gestión provincial es ajeno al rey, y en algún modo a la Constitución como que la de 1869 reconoce sobre su propio texto el sufragio universal que puede reformarla (art. 100), pues que él domina todo el organismo constitucional y sus elegidos atraen a sí algo de aquella supremacía, que no obedece a nadie.

Aunque sean notorias las ideas de los letrados de la comisión central en punto a estas materias, como hombres de ley discurren como conviene al espíritu del sistema dominante, y se persuaden de que no se desvían de la nueva filosofía constitucional; filosofía que pudiera decirse el alma del sistema democrático que hoy rige a España.

El sufragio universal es el verdadero y principal elemento de la Constitución democrática; de él emanan los poderes públicos independientes; él otorga más ó menos directamente hasta la realidad; él, en fin, se subordinan todos los poderes, pues no hay ninguno de los artículos, incluso el 33, que no se comprenda en el 100, es decir, en la posibilidad de ser reformado, lo que es consecuencia del principio de que la soberanía reside esencialmente en la Nación de la cual emanan todos los poderes en él consignados (art. 32 de la Constitución), que tiene por forma de ejercicio el antedicho sufragio universal.

Tomando este punto de partida, ¿cómo puede imponer ningún otro poder al sufragio universal? ¿Cómo sus hechas, sean diputados provinciales ó diputados a Cortes, pueden colocarse por debajo de ninguna otra institución y jurar la obediencia? ¿Cómo se ha de equiparar el elegido del pueblo a los subalternos más ó menos calificados del poder ministerial?

Es cosa para nosotros ajena de toda duda que las instituciones nacidas del sufragio universal en la escuela que hoy reina en el poder político, así en las Cortes como en la provincia ó en el municipio, son en su línea poderes independientes, y no pueden ser sometidos a ninguno otro por alto que sea, y que por todos tienen que ser respetados.

El juramento, por otra parte, considerado como un acto religioso, infringe en principio la libertad de cultos consignada en el párrafo 2.º del art. 21 de la propia Constitución democrática de 1869; pero el examen de este punto toca ya al límite que se han propuesto llegar hoy los firmantes de este dictamen que han hecho en él, lo repiten, estudiado olvido de sus notorias opiniones políticas, ciñéndose a tratar la materia en el círculo estrecho del derecho constituido.

Si la Junta Central tuviese a bien aprobar este dictamen, sería conveniente publicar en los periódicos amigos inmediatamente, para que los diputados provinciales carlistas atemperasen a él su conducta, si, por imposible, al tomar posesión se les exigiese juramento a la Constitución y al monarca nombrado por las Cortes, en cuyo caso sus protestas habrían de dirigirse a las mismas Cortes y no a quietarse con ningún otro acuerdo ni resolución, porque resultaría con el violado los artículos 16, 34, 37 y 99 de la Constitución democrática de 1869.

Tal es nuestro dictamen. Madrid 12 de Febrero de 1871.—El presidente, Luis de Treilles.—El secretario de turno, Francisco Hernando.

## PARTE EXTRANJERA.

### DESPACHOS TELEGRÁFICOS.

(De la Gaceta de hoy.)

BURDEOS 14 de Febrero. A las nueve y treinta minutos de la noche: recibido en Madrid a las diez y veinticuatro minutos.—El encargado de Negocios de España en Burdeos al Excmo. señor ministro de Estado:

«La sesión de la Asamblea se ha invertido en la revisión de actas.»

(De la Agencia Fabra.)

BURDEOS 14 (a las cinco de la tarde).—Un telegrama del ministro del Interior, fechado en París el 12 a las doce y quince minutos de la madrugada, dice:

«El alcalde de París comunica los resultados siguientes que parecen ser definitivos, aunque pueda haber algunas modificaciones en el orden de los nombres:

Han sido elegidos los Sres. Victor Hugo, Louis Blanc, Edgar Quinet, Gambetta, Garibaldi, Rochefort, Descluze, Saissat, Joigneux, Scheelcher, Henri Martin, Pothuan, Gambon, Dorian, Ranc, Kroy, Malou, Brisson Sauvage, Mare Dufrasse, Martin Bernard, Greppo, Langlois, Elouet, Vacherot, general Erebaute, Clemenceau, Courmet, Thiers, Littré.

Dichos señores han reunido la mayoría relativa y la quinta parte del número de los electores suscritos, son pues, elegidos.

Faltan (todavía los resultados de los 14.º y 18.º distritos y de algunos distritos rurales.

Parece muy probable la elección de los Sres. Tolman, Brunet, Edmond, Adam, Feyrat y Ledru-Rollin.»

BURDEOS 14 (a las siete de la noche).—En la sesión de la Asamblea nacional de hoy han asistido 450 diputados. Dióse lectura de una carta del ministro de Justicia Sr. Cremerieux presentando su dimisión. La Cámara ocupase rápidamente de la aprobación de las actas.

La cuestión relativa a la compatibilidad del principio de Joannville, electo diputado por un distrito de la Mancha se reserva para más adelante, así como la relativa a las actas de los que desempeñaban los cargos de prefectos.

Leemos en un diario bordelés:

«La opinión pública en Francia quiere generalmente la paz, tanto porque en estado de guerra ha de languidecer y debilitarse más, como porque los que desean la lucha son una minoría turbulenta. La mayoría de los periódicos recomienda la conducta pacífica a la Asamblea.

No hay ya quien dude de que la invasión pesa con un peso insostenible sobre muchos departamentos, y de que el Gobierno no ha podido rechazar al enemigo; tampoco se duda de que el empeño de continuar la guerra lo tienen solo los que quieren y no saben dirigirla; por último, se conoce perfectamente que con las pérdidas sufridas es imposible luchar.

Hay, pues, que procurar un arreglo honroso, todo lo honroso que pueda conseguirse para dar una tregua a Francia, y para que durante ella pueda rehacerse y ponerse en condiciones para la guerra que le corresponde.»

Por decreto del 7 de Febrero actual se nombra a D. Enrique de Cathelineau, que era coronel de la legión de los voluntarios del Oeste, general de brigada del ejército auxiliar.

Bien merece esta distinción el bravo jefe de los legitimistas vandeanos.

Según dice un periódico de Burdeos, el local para la reunión de la Asamblea no está aun dispuesto. Se trabaja asiduamente, y se procura que el salón esté preparado de tal manera, que las voces débiles, lo mismo que las fuertes, se distingan perfectamente.

El Sr. Thiers es quien dispone estos trabajos, como influye ahora en todo lo que se hace en Francia.

El discurso de la reina de Inglaterra en la apertura del Parlamento, no ha satisfecho a los franceses.

Hé aquí lo que dice de él un periódico:

«En el discurso de la reina de Inglaterra en la apertura de las Cámaras, se observa un cuidado especial en mantener gran imparcialidad entre Francia y Prusia.

A esta parece aconsejarla la prudencia y la moderación.

De Francia dice que es un miembro necesario de la familia europea.

Como esta afirmación es tan significativa, se ha neutralizado con anunciar S. M. al Parlamento que ha felicitado al emperador de Alemania con ocasión de su nueva dignidad.»

De una carta de Londres del 7 que publica un periódico, tomamos los siguientes párrafos:

«Ya les dije que el Gobierno de la reina, tomando sobre sí la responsabilidad y esperando será aplaudido por el Parlamento, ha enviado a París reclusos inmensos procedentes de los destinados al ejército y a la marina británica. Se trata de millones de libras de galletas, de miles de toneladas de carnes saladas, patatas, arroz y combustibles. Por su parte el lord corregidor de Londres, con la pompa acostumbrada, asistió el domingo a la abadía de Westminster, donde tuvo lugar una fiesta religiosa para pedir la paz y recoger inmensos donativos para el pueblo pobre y hambriento de París. A la misma hora, el Cardenal Arzobispo católico Manning predicaba un sermón de caridad en la capilla llamada de España, y en todos los templos se oían pláticas y se hacían colecciones iguales. En tres días, la suma recogida ha ascendido a cinco millones de reales, y los socorros que por cuenta de esta suscripción nacional habrán entrado en la desventurada ciudad habrán libertado a millones de familias de la muerte. ¿Por qué no podría la intervención de la Europa impedir también el derramamiento de sangre en tan bárbara guerra?

Hoy, aun cuando son fatales las noticias sobre el estado interior de la Francia, hay un rayo de luz respecto del porvenir. Ante todo, parece positivo que el armisticio será prolongado. No había de otro modo tiempo material de discutir ni de votar nada. Después desde Berlín aseguran que las condiciones del vencedor no serán tan horribles como se había anunciado. No pide la Alemania colonias, y si reclama buques sería a cuenta de la indemnización de guerra. La escuadra francesa acorazada, y este dato es interesante hoy, consta de 2 navios, 18 fragatas, 9 corbetas y 26 baterías flotantes, con 7 guarda-costas. Si Prusia hubiese enviado 29 fragatas, se habría llevado todo el poder naval de la Francia.

Respecto a la indemnización de guerra, no se cree que pida más de dos millones de francos, y lo que ya ha percibido. La Francia además no podría pagar más, pues tiene que consagrar lo menos otros

tantos a reparar todo su material de guerra, de caminos, canales y ciudades, y campos, que han sufrido lo que no es decirse. Si en Francia se estableciese un buen gobierno a la sombra de la monarquía constitucional, podrían economizarse lo menos 500 millones en su costoso presupuesto militar y naval, y en los altos sueldos del Estado.

Sobre el espíritu de París las noticias empiezan a ser encontradas. Muchos ardientes, después de haber reparado sus estómagos y cesado el fuego, combaten como traidores a Trochu y Julio Favre, asegurando que este ha pactado ya, entre otras cosas, además de la cesión de la Alsacia y la Lorena, la entrega de las escuadras francesas. Esto es lo que más podía irritar a los marinos desarmados en París, e ídolo del pueblo que ha visto su valor.

Julio Favre ha declarado que en las conferencias de Versalles no se ha tocado la cuestión de los términos de la paz; que él nada ha concedido mas que la capitulación de los fuertes de París; que el emperador Guillermo no ha revelado su pensamiento definitivo y que la cuestión está íntegra para la futura Asamblea, y el Gobierno de la Francia que esta elija. Julio Favre abriga la esperanza de que los términos de la paz no sean demasiado terribles.

La impopularidad de Trochu es evidente. Dudo, sin embargo, que Thiers lo encuentre tan incapaz como se ha dicho con referencia a este eminente hombre de Estado.

Debió, es verdad, ocupar a Saint-Germain, Montretout y la terraza de Meudon, antes del sitio, ya que no se había construido allí el fuerte necesario y empezado. ¿Pero qué tropas veteranas ó decididas había en París el 15 de Setiembre? A mis ojos su gran crimen fué permitir con la república el desorden y traer la espantosa discordia que devora la Francia. Está resuelto, como les dije, a retirarse por completo de la vida pública. Tampoco quieren ser diputados Ducrot y el italiano Cernuschi, que fué desterrado de París por el imperio. Respecto de Changarnier, sus amigos esperan vencer su resistencia. Dufaure, Thiers, Rothschild, Lemoine, Picard, Favre, tienen grandes probabilidades de representar a París.

Pero el partido rojo se agita terriblemente. Le Mor d'Ordre, de Rochefort, continúa proclamando el terror. El Vengeur, de Descluze, amenaza a la Europa con la revolución universal. En los clubs la candidatura acordada comprende los nombres de Louis Blanc, Greppo, Victor Hugo, Ledru-Rollin, Félix Pyat, Rochefort, Garibaldi, Arnold, Descluze, Gambetta, Milliere, Flourens y otros igualmente significativos. Pero en París la república roja está en decadencia. Hay quienes proclaman a Mazzini, diciendo que como Garibaldi, pertenece a la república universal. En todos los clubs rojos se pide la prisión del Gobierno de la defensa nacional, a quien acusan de haber entregado a París. Y esto cuando ha estado dos días sin pan!

Los diarios franceses publican las dos listas de 43 candidatos para diputados acordadas oficialmente en París. La de unión nacional la componen Thiers, Julio Favre, Victor Hugo, Louis Blanc, vice-almirante La Ronciere-le-Noury, vice-almirante Saissat, vice-almirante Pothuan, contralmirante Fleuriot de Langle, contralmirante Chaillet, contralmirante Cosnier, monseñor Darboy, Arzobispo de París, Vite, Haussonville, Cochon, Julio de Lasteyrie, Roger (del Norte), Coquerel, Pressensé, Guereux, redactor de la Opinión Nationale; Lemoine, del Debate; Krantz, ingeniero; Solacroux, Savage, Benoit d'Azay, Leon Say, Callon, Sainte-Claire-Deville, Enrique Martin, Faustin-Helle, Flavigny, Bethmont, Grevy, Vacherot, Arnaud (de l'Arriege), Firmin-Didot, Delalain, Frederic-Moreau, Ratisbonne, del Debate; Louvet, Alfredo André, Sebert, Normande y Crisenoy.

La lista del comité liberal-republicano la componen Thiers Favre, Edgar Quinet, Victor Hugo, Louis Blanc, vice-almirantes Saissat y Porthuan, Lamotte-Tenet, capitán de navío; Frehaut, general de artillería; Scheelcher, coronel de artillería de la Guardia nacional; Jametel, Roger (del Norte); Arnault (de l'Arriege), Vautrain, Corben, Desmarest, Vite, Sainte-Claire Deville, Haureau, Barthelmy-Saint-Hilaire, Cochon, Leon Say, Sauvage, Krantz, Alfredo André, Eichthal, Vacherot, Enrique Martin, Lanfrey, doctor Gonnard, Levasseur, Deudant, Betoland, Sebert, Normande, Dietz-Monin Perno et, Claparede, Lotz, Pressensé, Thureau-Danphin, Guereux, Hebrard.

Aun no sabemos quiénes han triunfado.

En las nuevas listas de diputados electos que nos traen los diarios de Burdeos, figuran los nombres de Garibaldi, Casimir Perier, general Chanzy, Philpoteaux, Mortimer-Ternaux, conde de Bethune, marqués de Castellane, general Billot, general Trochu, Carnot, hijo, general Vinoy, Chabrol, Pablo de Remusat, Gouin, general Deligny, Eugenio Duclere, Malleville, Thiers, Gavardie, príncipe de Joinville, conde Daru, Julio Simon, Vauganyon, Lambrecht, Brame y Kolb-Bernard.

Los soldados prusianos han establecido en el puente de Neuilly, junto a París, un verdadero mercado, al que las mujeres de la capital iban a surtir de manteca, patatas, pan blanco, etc. En uno de los últimos días cargó una turba sobre ese punto, y hubo riñas, de cuyas resultas han perecido algunas personas. En el puente de Asnières se había establecido por prusianos y algunos franceses de las cercanías de París, otro mercado. Tanto a este como al anterior, acudía diariamente infinidad de gente, y se notaba que el pan blanco era más buscado todavía que la carne de vaca.

El abastecimiento oficial de París había principiado en parte en los mercados centrales, habiendo hecho su aparición en sus sitios respectivos las patatas, las zanahorias, los nabos, la manteca, los huevos y el pescado.

En la venta a la puja se vendieron las patatas a razón de un franco 20 céntimos, la libra (500 gramos), y al mismo precio las zanahorias y los nabos; la manteca a 6 francos 50 céntimos, y a 7 francos la libra; los huevos a 12 francos 50 céntimos, la docena. El pescado se vendía a precios muy subidos, y a las nueve de la noche nada quedaba por vender, volviéndose a sus casas las tres cuartas partes de la gente que había acudido a hacer provisiones, con sus cestas vacías.

Quince mil prusianos entraron en Tours el día 5, siendo alojados en las casas a petición de sus jefes. Momentos después de su llegada se dirigieron varios soldados al café Philippe, punto de reunión de los republicanos, a los cuales insultaron de palabra y aun de obra, rompiendo después cuanto a mano hallaron en el establecimiento.

El príncipe Federico Carlos era esperado en la ciudad, donde debe reunir un cuerpo de 120,000 hom-

bres destinados a marchar sobre Burdeos por Poitiers y Angulema, en el caso de que la Asamblea francesa no quisiera firmar la paz.

Dice una carta de Burdeos:

«Para los burdoleses el Gran-Teatro es lo más notable que encierra la capital de la Gironda. Efectivamente, este magnífico edificio, de hermosa exterior y belleza interior, es el monumento que con razón admira a todos los extranjeros.

Está situado en uno de los frentes de la espaciosa plaza de la Comedia, punto de reunión obligado para todo forastero, y hoy el centro político de este agitado pueblo. Fué construido en el reinado de Luis XVI por el célebre arquitecto Luis, en el lugar que ocupó un templo antiguo destruido en 1677. Delante de su peristilo, de bóveda plana, adornado con doce magníficas columnas de orden corintio, cuyo friso corona una balaustrada que sostiene doce estatuas, siempre existen grupos de paseantes, de ociosos, y hoy de ardientes patriotas.

Además de punto destinado a las representaciones dramáticas y líricas, es el gran centro de los agitadores revolucionarios, que en un espacioso salon celebran sus tumultuosas sesiones públicas.

En ese local es donde la Asamblea Constituyente se reunirá para decidir de la suerte de la Francia.

Ha sido preciso acometer grandes obras para transformar la sala del teatro y adaptarla a su nuevo uso. Dicha transformación ha inquietado a este pueblo en todas sus clases; hubiera deseado que existiese otro edificio, para que no se tocara a los salones de representaciones. El caso es que semejante deseo no ha podido ser satisfecho, y que M. Burget, arquitecto de la ciudad, está procediendo con grande actividad a las obras necesarias.

El escenario se cerrará completamente con un tabique de madera; la mesa del presidente se colocará sobre el sitio que ocupa la concha del apuntador; la tribuna un metro cincuenta centímetros delante de la presidencia.

Los bancos de los diputados se colocarán de frente; desde el lugar de la orquesta y sobre las lunetas, a la altura de la primera galería. El segundo y tercer piso se destinan a tribunas públicas; reservando a uno y otro lado de la presidencia palcos para el cuerpo diplomático y los redactores de la prensa.

M. Calotte, secretario del antiguo Cuerpo Legislativo, es el encargado de la dirección, dando los arreglos que se están efectuando. Se trabaja de día y de noche, porque se quiere que la primera sesión pública se celebre pasado mañana.

Pasan de 220 los diputados que hay ya aquí, y por cierto poseídos de gran corazon por empezar sus tareas. Las reuniones se suceden a todas horas, y crece el calor de los opuestos bandos. M. Gambetta no ha renunciado a sus proyectos, no obstante de que crece su impopularidad, pues se van sabiendo las delegación y el Gobierno de París, así como los mil y mil desaciertos que el ex-dictador ha realizado en el poder.

Los orleanistas se juzgan dueños de la situación, pero es demasiado pronto. Bien se leve a debido efecto la renuncia del conde de Chambord, que lo dudo, a legitimistas y orleanistas trabajan por su cuenta, la continua en de la república es inválida para poner a su frente a un miembro de la familia de Orleans, y que a su vez imite a Luis Napoleón con otro 2 de Diciembre. No me parece que la lucha de los orleanistas se limitará a los republicanos; los partidarios del caído imperio, que son en número y poderosos, harán esfuerzos inteligentes y de consideración, que servirán de rómulo a los hijos de Luis Felipe para llegar con rapidez a la consumación de sus proyectos. Siempre se puede asegurar que el orden triunfará y la demagogia quedará vencida.»

## EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

MADRID, 15 DE FEBRERO DE 1871.

### LA LEPRÁ.

El grito de libertad se dió en la época moderna apelando a las Santas Escrituras, sacando de quicio los textos, discurriendo sobre la presencia real de nuestro Dios en la Eucaristía, y revolviendo y adulterando los Evangelios, los santos Padres y doctores de la Iglesia.

Es cierto que a la infame rebelión luterana dió pretexto, y ciertamente no pequeño, el poco agradable estado de muchas poblaciones alemanas, sujetas al dominio de Obispos y Prelados más afectos al imperio que les daba holgura, que al Pontificado que contenía sus excesos. Es verdad que por esto mismo la cuestión política influyó notablemente en la propagación del protestantismo, como no menos influyó el desenfreno de las costumbres, lo mismo entre seglares que entre eclesiásticos. Pero después de todo, la cuestión tenía un carácter eminentemente religioso y teológico en sus formas, y no puede negarse que de una y otra parte de los contendientes se dieron grandes pruebas de actividad científica, y que en medio de la mala fe con que solían discutir los rebeldes se notaba instrucción y saber en muchos de ellos.

Los dos gritos posteriores de libertad dados en Inglaterra y Francia, como repercusión del que lanzó Lutero, eran verdaderos gritos de hienas. Cromwell y Robespierre conocían bastante menos que el apóstata sajón la ciencia teológica. Ni en saber ni en actividad intelectual pueden compararse los hombres de la revolución inglesa y francesa con los fundadores alemanes de las sectas anticatólicas. Pero al fin en la revolución francesa hubo oradores notables y caracteres de hierro como Marat y Robespierre, monstruos del género humano que tienen la terrible grandeza del crimen satánico.

Oh decadencia de los tiempos! En nuestros días el grito de libertad ni se confunde con la háltil y sofisticada discusión de los teólogos protestantes, ni se lanza entre espantosas hecatombes de seres inocentes sacrificados en aras de una idea salvaje.



Sin duda la sangre derramada es todavía escasa. La ceguera y el envilecimiento de los hombres no han visto todavía la mano terrible de la Divina Justicia. Pues la verán ó morirán. Y la verán en Italia y en España también, porque la le-

te y sin tregua, que el liberalismo ha declarado en todas partes a la Santa Iglesia de Jesucristo. Esos diarios, soberbios como Satanás, pero sin su astucia, se hacen *Papas y maestros de la doctrina* católica, como si el liberalismo a quien sirven necesitan de más doctrinas que las suyas, ni de más pontifices que los que eleva a esta categoría por haberse distinguido en su odio insaciable contra la Iglesia. Dignos son de lastima esos diarios y libre Dios al nuestro de imitarlos ya que por la

Para que los españoles creyéramos posible que la situación actual deseara conciliarse con la Iglesia necesitamos ver antes deshecho todo lo hecho desde Octubre de 1868, y una buena parte de lo

Excitada *La Iberia* á decir algo acerca de la supuesta aparición de un *punto negro* en que se descubría la mano de un ex-diputado constituyen

quienes su conciencia no les permite jurar el santo nombre de Dios en vano, aunque cree que la responsabilidad del perjurio recaería sobre el ministro de la Guerra.

Para probar que no ofrece inconvenientes el ju-



dignas de la atenta consideración de nuestros lectores.

«En efecto, no hay más que fijarse en una sola palabra, en la de «constitucional», y recordar que es la que ha servido á todos los que habian jurado á doña Isabel II para levantarse en armas contra ella y arrojarla del trono, después de haberla jurado como militares, como funcionarios, como caballeros de las órdenes, y en fin, como grandes de España. El desgraciado é ilustre general cuya desastrosa muerte todos deploramos, de la palabra «constitucional» se valió para su defensa, tantas veces como á ello fué compelido por los que le acusaban de perjuro.

El actual presidente del Consejo de ministros, el general Serrano, que para sublevarse tuvo que consumar el sacrificio personal de sentimientos, recuerdos y afecciones que siempre labran en el corazón de un noble, tampoco podrá aducir otro descargo que la palabra «constitucional», pronunciada cuando prestó sus anteriores juramentos, tantas veces repetidos cuantas distinciones elevadas alcanzó durante el curso del último reinado.

Pues bien: fijémonos en la circunstancia de hallarse infringida abiertamente la Constitución en los momentos mismos en que se exige el juramento al rey constitucional; consúltense como textos vivos los antecedentes de los generales en cuyas manos se presta, y sáquese la consecuencia.

La persona del rey es inviolable, y no está sujeta á responsabilidad. Son responsables los ministros.

Esto mismo sucedía con doña Isabel II, ni más ni menos.

Pero también el rey jura ahora, al recibir la corona, guardar y hacer guardar la Constitución y las leyes, como asimismo se verificaba en tiempos de la dinastía caída; y una de dos: ó los juramentos no suponen absolutamente nada, ó... ¡aquien Vds. otra vez la consecuencia!

La vista del proceso del Sr. Ceballos Escalera parece aplazada indefinidamente, á juzgar por la noticia que nos da un periódico de la mañana de haber sido trasladado gubernativamente dicho señor Ceballos del cuartel de San Francisco á su casa en calidad de arrestado. Parecía natural que si la causa fuese á fallarse, se esperase al resultado para tomar una determinación de este género.

La misma determinación se ha tomado con los señores marqueses de Sotomayor y Arenales, que esperaban en las prisiones de San Francisco la resolución del Consejo Supremo de Guerra sobre el fallo contra ellos dictado.

Si estas providencias se tomaron, como se dice, gubernativamente, no nos explicamos por qué la autoridad militar no ha respetado la competencia de los tribunales, á cuya jurisdicción estaban sujetos los procesados.

A pesar del anuncio de *La Correspondencia*, la *Gaceta* no publica hoy el decreto convocando á elecciones para diputados á Cortes.

Tal vez el Gobierno tendrá en proyecto algún otro *arbitrio de influencia moral* como el de la renovación de las cédulas electorales para amenguar la fuerza de las oposiciones.

En cambio el diario oficial publica nada menos que ocho decretos admitiendo dimisiones de gobernadores y nombrando otros.

¡Pobres provinciales!

¿Cuántes el número de gobernadores que ha tenido cada una de ellas desde la revolución de Setiembre hasta la fecha, y díganlos si hay Gobierno ni administración posibles con semejantes cambios.

Ast en Madrid como en provincias ha causado gran sorpresa por no decir indignación, el decreto del Sr. Sagasta mandando renovar las cédulas electorales.

Según la ley, estas cédulas deben repartirse diez días antes de la elección; y para hacer los libros de censos, firmar las cédulas y repartirlas, se necesita acaso menos de veinticuatro ó treinta días haciendo las cosas deprisa?

Ahora bien: si las elecciones han de verificarse en la primera quincena de Marzo, tendrán que quedarse sin cédula muchos electores. Para las elecciones de diputados provinciales no hubo semejantes prisas, y se quedaron sin cédula muchos electores de oposición: ¿qué no sucederá para las de diputados?

Valiera más que las elecciones se hicieran en el gabinete del Consejo de ministros.

Con todo, nuestros amigos deben esforzarse para que sean ineficaces los ardores de la gente ministerial, haciendo con tiempo la reclamación de las cédulas y valiéndose cuando no hayan podido obtenerlas de los recursos subsidiarios que designa la ley, teniendo siempre en cuenta las instrucciones que poco há publicamos de orden de la Junta central católico-monárquica.

*La Iberia*, el diario ministerialísimo, publica una correspondencia de Nápoles, en que leemos lo siguiente acerca de las cartas cruzadas entre el Sumo Pontífice y Amadeo de Saboya:

«Aquí ha corrido la voz, que he visto recogida por un diario de Florencia, de que el Papa, al recibir de manos de nuestro encargado de negocios en Roma la carta del rey Amadeo, le dijo estas ó parecidas frases: «¿Es carta de Amadeo? Probablemente ya estará impresa, como la primera; pues es costumbre en la casa de Saboya imprimir antes las cartas que me manda. Ya respondí á su señor (al *ostro padrone*); pero apuesto cualquier cosa á que no imprime mi carta.»

El *Imparcial* negó la exactitud de nuestras noticias acerca de esta carta. El corresponsal de *La Iberia* la confirma. ¿Qué dice á esto el órgano del Sr. Martos?

El corresponsal en Madrid de *La Correspondencia Vascongada*, hace el siguiente retrato á la pluma del general Alaminos:

Como retrato no podemos menos de reconocer que es una obra maestra:

«Sentiría por ejemplo con toda el alma que no hubiera llegado á manos de Vds. la carta en que les pintaba el miedo que le ha entrado al Gobierno desde que el general Alaminos ha colgado los hábitos de moderado y se ha metido á espada progresista. Todo el mundo tenía al Sr. Alaminos por una persona inofensiva como un niño, se hacía notar por la oportunidad de sus chistes y por sus conocimientos históricos. Un día en que se hablaba de las proezas de los huanos en la última guerra, Alaminos exclamó: «no sé por qué se admiran Vds.; en la huanía han sido siempre los mismos.» Otra vez sostuvo que los *dramas* franceses de Dumas y de Victor Hugo no tenían comparación con los de Zúmel. Esto prueba el españolismo sin mezcla del Sr. Alaminos: en cuanto á su tenacidad ha sido tal que mientras todo el mundo se empeñaba en rebajar sus cualidades, él se empeñó en ser coronel sin acciones de guerra y lo fué, y brigadier en seguida y mariscal de campo y teniente general, sin conseguir por eso que la opinión pública se modificara. Ahora ha concebido la pretensión de ser jefe del partido progresista y Vds. verán cómo se sale con la suya y cómo

el partido progresista va á tener un jefe perfectamente acomodado á su idiosincrasia especial.

Todavía hay otro jefe más adecuado para el partido progresista: Arderius.

Continúa *La Correspondencia* publicando noticias acerca de la grave cuestión del juramento, y al paso que anuncia nuevas negativas á prestarlo de generales y jefes, da cuenta de nuevos consejos de ministros celebrados al parecer con dicho motivo.

En el de ayer tarde, que empezó á las cinco, se trató quizá de los generales Belesía y conde de Cumbres altas y de los brigadieres Sres. Lara y Gándara, cuyos nombres debemos añadir á la lista que publicamos ayer de los jefes del ejército que no prestan el juramento exigido por el Gobierno.

Según el diario noticiero, en dicho consejo debió darse cuenta también de la comunicación que el duque de Montpensier ha dirigido al Gobierno, en que reitera, (*La Correspondencia* subraya esta palabra) la renuncia del cargo de capitán general de ejército. El citado periódico publica además las siguientes noticias sobre el mismo asunto:

«Parece que han sido arrestados en sus respectivas casas, bajo la palabra de honor, los señores generales Ceste, Novales y cuantos individuos del estado mayor general se han negado á jurar al rey.»

«Aun no se sabe qué acordará el Gobierno respecto á los generales que se han negado á jurar al rey.»

Según *El Imparcial*, al Sr. Novales se le ha autorizado para salir á paseo, teniendo en cuenta el estado delicado de su salud.

Por último, añade *La Correspondencia* que no ha sido admitida la dimisión que el teniente general D. Narciso Ametller ha presentado del cargo de vice-presidente del Consejo Supremo de la Guerra.

La cosa se complica.

Dice *La Epoca*:

«Hemos advertido al señor ministro de Hacienda que al redactar los nuevos presupuestos se fijara en ciertos altos sueldos del ministerio de Marina. Otro tanto decimos respecto del ministerio de la Guerra, en el cual, según nos dicen, tenemos á la vista, se ha dado el caso de que al oficial primero de la escribanía de cámara del tribunal supremo de Guerra y Marina se le haya reconocido un haber de retiro de 44.000 rs., cuando su sueldo como activo era de 5.000. Tan extraordinario nos parece esto que no dudamos que se pondrá el oportuno remedio.»

Está visto: cada día aparecen nuevos puntos negros.

Dicese que el general Sr. Crespo, ayudante del cuarto de D. Amadeo, ocupará la vacante que ha dejado el general Alaminos en el ejército de Castilla la Nueva.

También se indica al general Cebollino para el cargo de segundo cabo de la capitania general de Castilla la Nueva.

«¿Y el general Peralta? pregunta *La Política*. ¿Se ha decidido por fin el Gobierno á conferirle el mando de la isla de Puerto-Rico, á despecho de la Tertulia progresista? Sálvense las Colonias, aunque perezcan los radicales.»

También anoche dedica *La Correspondencia* varios sueltos relativos al viaje de doña María Victoria, que vuelve á dar por cierto. Allá van, valgan por lo que valgan.

«Ayer salió de Turin la reina doña María Victoria, debiendo llegar á esta corte el día 23 del corriente, según nuestras noticias. El rey, su esposo, y las personas de su comitiva que deben ir á esperar á la reina, saldrán de Madrid pasado mañana probablemente.

«Hasta el 48 parece que no saldrá de Madrid la comitiva oficial que debe recibir á la reina en la frontera.

«Ignórase á qué punto de la frontera vendrá la reina María Victoria, pues al anunciar su salida de Turin, no sabía si el viaje lo haría por mar ó por tierra. Es posible que la primera noticia que se reciba sea la de haber llegado á España.

«Ayer salió de Turin la reina doña María Victoria, debiendo llegar á esta corte el día 23 del corriente, según nuestras noticias. El rey, su esposo, y las personas de su comitiva que deben ir á esperar á la reina, saldrán de Madrid pasado mañana probablemente.

«Ayer salió de Turin la reina doña María Victoria, debiendo llegar á esta corte el día 23 del corriente, según nuestras noticias. El rey, su esposo, y las personas de su comitiva que deben ir á esperar á la reina, saldrán de Madrid pasado mañana probablemente.

«Ayer salió de Turin la reina doña María Victoria, debiendo llegar á esta corte el día 23 del corriente, según nuestras noticias. El rey, su esposo, y las personas de su comitiva que deben ir á esperar á la reina, saldrán de Madrid pasado mañana probablemente.

«Ayer salió de Turin la reina doña María Victoria, debiendo llegar á esta corte el día 23 del corriente, según nuestras noticias. El rey, su esposo, y las personas de su comitiva que deben ir á esperar á la reina, saldrán de Madrid pasado mañana probablemente.

«Ayer salió de Turin la reina doña María Victoria, debiendo llegar á esta corte el día 23 del corriente, según nuestras noticias. El rey, su esposo, y las personas de su comitiva que deben ir á esperar á la reina, saldrán de Madrid pasado mañana probablemente.

«Ayer salió de Turin la reina doña María Victoria, debiendo llegar á esta corte el día 23 del corriente, según nuestras noticias. El rey, su esposo, y las personas de su comitiva que deben ir á esperar á la reina, saldrán de Madrid pasado mañana probablemente.

«Ayer salió de Turin la reina doña María Victoria, debiendo llegar á esta corte el día 23 del corriente, según nuestras noticias. El rey, su esposo, y las personas de su comitiva que deben ir á esperar á la reina, saldrán de Madrid pasado mañana probablemente.

«Ayer salió de Turin la reina doña María Victoria, debiendo llegar á esta corte el día 23 del corriente, según nuestras noticias. El rey, su esposo, y las personas de su comitiva que deben ir á esperar á la reina, saldrán de Madrid pasado mañana probablemente.

«Ayer salió de Turin la reina doña María Victoria, debiendo llegar á esta corte el día 23 del corriente, según nuestras noticias. El rey, su esposo, y las personas de su comitiva que deben ir á esperar á la reina, saldrán de Madrid pasado mañana probablemente.

«Ayer salió de Turin la reina doña María Victoria, debiendo llegar á esta corte el día 23 del corriente, según nuestras noticias. El rey, su esposo, y las personas de su comitiva que deben ir á esperar á la reina, saldrán de Madrid pasado mañana probablemente.

«Ayer salió de Turin la reina doña María Victoria, debiendo llegar á esta corte el día 23 del corriente, según nuestras noticias. El rey, su esposo, y las personas de su comitiva que deben ir á esperar á la reina, saldrán de Madrid pasado mañana probablemente.

«Ayer salió de Turin la reina doña María Victoria, debiendo llegar á esta corte el día 23 del corriente, según nuestras noticias. El rey, su esposo, y las personas de su comitiva que deben ir á esperar á la reina, saldrán de Madrid pasado mañana probablemente.

«Ayer salió de Turin la reina doña María Victoria, debiendo llegar á esta corte el día 23 del corriente, según nuestras noticias. El rey, su esposo, y las personas de su comitiva que deben ir á esperar á la reina, saldrán de Madrid pasado mañana probablemente.

«Ayer salió de Turin la reina doña María Victoria, debiendo llegar á esta corte el día 23 del corriente, según nuestras noticias. El rey, su esposo, y las personas de su comitiva que deben ir á esperar á la reina, saldrán de Madrid pasado mañana probablemente.

«Ayer salió de Turin la reina doña María Victoria, debiendo llegar á esta corte el día 23 del corriente, según nuestras noticias. El rey, su esposo, y las personas de su comitiva que deben ir á esperar á la reina, saldrán de Madrid pasado mañana probablemente.

«Ayer salió de Turin la reina doña María Victoria, debiendo llegar á esta corte el día 23 del corriente, según nuestras noticias. El rey, su esposo, y las personas de su comitiva que deben ir á esperar á la reina, saldrán de Madrid pasado mañana probablemente.

«Ayer salió de Turin la reina doña María Victoria, debiendo llegar á esta corte el día 23 del corriente, según nuestras noticias. El rey, su esposo, y las personas de su comitiva que deben ir á esperar á la reina, saldrán de Madrid pasado mañana probablemente.

arrebataba, conmovía, arrancaba lágrimas; pudiendo asegurarse que en algunos momentos el entusiasmo rayaba en delirio.

«A las tres y media de la tarde principió la sesión, dándose lectura de la preciosa carta, con que nuestro santísimo Padre honró á la Academia, durante las vacaciones últimas.

«Después, el joven presidente, D. Pascual Carrasco, pronunció un correcto y elegante discurso, haciendo mérito de los excelentes resultados que dió la Academia en el año anterior, y de los propósitos y decisión, que á todos los socios animaban al inaugurar los trabajos del presente. Al terminar, fué el Sr. Carrasco unánime y estrepitosamente aplaudido.

«Ocupando luego la tribuna el joven académico D. Andrés Galindo, demostró en un bien escrito y bello discurso la importancia y necesidad de la educación católica. Una salva de aplausos siguió á sus conmovedoras últimas palabras. Un himno, apropiado al acto, cantóse inmediatamente después, siendo escuchado con grande complacencia.

«Seguidamente, el Excmo. señor Obispo diocesano, que presidia la sesión, tomó la palabra, siendo tanto, tan bueno é interesante lo que dijo sobre la *civilización moderna* y sus decantadas teorías, que á cada paso los victores y aplausos interrumpían á S. E. Felicitó también á los jóvenes católicos, y al numeroso y escogido público, que con su asistencia les favorecía.

«Habiendo terminado el reverendo señor Obispo, se cantó y tocó magistralmente un bellísimo himno dedicado al venerable prisionero de Roma; luego el presidente de la Academia dió las gracias á S. E. por la honra, que á la juventud católica había dispensado asistiendo á la inauguración de sus tareas literarias, y se levantó la sesión.

«Los unanimos, estrepitosos y entusiastas vivas á la religión católica, apostólica, romana, al inmortel Pío IX, al Papa-rey, y al Papa infalible, al Excmo. Prelado diocesano y á la Juventud católica arrebatada, conmovida y arrancaba lágrimas, pudiendo asegurarse que en algunos momentos el entusiasmo rayaba en delirio.»

Reciban nuestros plácemes los jóvenes católicos de Cuenca. No olviden que estamos en tiempo de lucha. Luchen, pues, con decisión, seguros de que al fin y al cabo nuestra será la victoria.

Leemos en un periódico valenciano de ayer:

«Ayer se presentó una comisión de las clases pasivas al señor fiscal de Hacienda, con el objeto de manifestarle la necesidad en que se hallan las personas que cobran por dicho concepto, de que se les entregue alguna de las diez pagas, que se les adeudan. El señor fiscal les recibió con mucha delicadeza, y les manifestó la satisfacción con que haría presente al Gobierno tan justa demanda, así como que él, por su parte, pondría cuanto le fuese posible por que en breve se atendiese á unas clases que tan injustamente se ven hoy desatendidas.»

Dice *El Norte de Castilla*, de Valladolid, que en aquella provincia se han dado las órdenes oportunas para que la Guardia civil vuelva á guarnecer la línea férrea, esperando el pronto viaje de la princesa de la Cistera.

## CORREO DE HOY.

El Cardenal Antonelli ha dirigido una nueva circular á los Nuncios apostólicos con motivo de la instalación en Roma de los hijos de Víctor Manuel. El fidelísimo ministro de Pío IX no pierde ninguna ocasión de protestar contra la violación de los derechos de la Santa Sede. Si sus protestas no encuentran siempre la acogida que merecen en las potencias europeas, siempre hallarán un eco en el corazón del pueblo cristiano, invenciblemente unido á la causa de la justicia, y más decidido que nunca á hacerla prevalecer.

Dice así la

CIRCULAR DEL CARDENAL ANTONELLI Á LOS NUNCIOS APOSTÓLICOS.

«Ilustrísimo y Reverendísimo Señor: ayer (23) á las cuatro de la tarde, el pueblito de Saboya y la ciudad de Turin, se vieron solemnemente en Roma, instalándose en la habitación del Papa en el Quirinal, completamente transformado y apropiado al nuevo uso á que se le quiere destinar.

Con el fin de que el pueblo acudiese en muchedumbre á hacer á los príncipes una ovación, la municipalidad con sus avisos, los periódicos con sus artículos, los círculos y sociedades con sus proclamas, habían excitado á la población en este sentido; y se quiso además que los estudiantes de la Universidad, del cual fueron expulsados los Jesuitas, acudiesen también con sus respectivas banderas. Sin embargo, el recibimiento no tuvo el carácter de fiesta, y si se exceptúa un puñado de gente del populacho, que reunido por las calles al son de la trompeta que iba delante en el lugar mismo, y que rodeaba el cortejo y aplaudía á los recién venidos, los demás curiosos que se reunen siempre por cualquier motivo permanecían con dignidad en el mayor silencio.

Cuando los dos viajeros hubieron subido al lugar que se destina á su habitación, los que durante el trayecto habían gritado y aplaudido, se pusieron á pedir que los príncipes salieran al balcón principal del palacio. Este deseo fué cumplido al mismo tiempo que manifestado. Se adornó, en efecto, con una coladura de seda encarnada el mismo balcón desde el cual se anuncia al mundo católico la elección del Pontífice, Rey de Roma, jefe augusto de la Iglesia, y el príncipe y la princesa se mostraron al público. Por la noche se quería que las casas se iluminasen; pero los habitantes, no se tomaron la molestia de corresponder á esta exigencia, y la ciudad permaneció sumergida en las tinieblas.

Mientras que esto sucedía, se oía tronar el cañón de los fuertes, y las campanas del Capitolio, tocadas como en un día de fiesta, anunciaban á la capital del mundo cristiano la llegada del hijo mayor de Víctor Manuel, de este rey que ha reducido al Pontífice Supremo, al Soberano, al Padre común de los fieles, al lamentable estado en que actualmente se halla.

Me abstengo de hacer aquí comentarios y de hablar de las impresiones que produjo necesariamente este nuevo ultraje inferido á los derechos soberanos del Padre Santo y á la dignidad del Pontífice. Si todos los hombres honrados se afigieron profundamente, fácil es imaginar que el corazón de Su Santidad debía ser mucho más dolorosamente afectado todavía por cada cañonazo y sonido de campana, que le recordaba, más aun que su completo despojo, los males inmensamente graves que se originan de él para la Religión y para la Iglesia.

A fin de que los católicos puedan convencerse más y más de que los males que trae consigo el actual estado de cosas, son graves sobre toda ponderación, me bastará hacer notar que, en esta Roma, el centro del catolicismo, la Sede del Pontífice y del Maestro supremo de la verdad; en esta Roma, en la cual han derramado su sangre millares de mártires por la fe de Jesucristo, y donde reposan los príncipes de los Apóstoles, se ha establecido una sociedad de librepensadores, que celebra sesiones públicas, anuncia discusiones por medio de los periódicos, y que publicará pronto un gran periódico destinado á combatir «las ideas supersticiosas de esta religión que se da el nombre de católica.»

En cuanto á mí, creo que todo hombre honrado, no ya todo católico, con solo echar una mirada sobre todo lo que se propaga aquí en materia de fe y de disciplina eclesiástica, sobre las obscenidades que se exparten entre el pueblo, sobre los artificios con

los cuales se procura destruir el principio religioso, por medio de la distribución gratuita de libros protestantes y Bíblias, se convencerá fácilmente de que en ningún país de Europa y bajo ningún gobierno, se tolerarían impunemente ataques tan atroces contra la Religión del Estado, ó siquiera de la minoría del país, é injurias tan sangrientas á sus ministros como las que son permitidas en Roma en presencia del Padre Santo y á los otros mismos del Sumo Pontífice.

Recibid, etc.—Roma, 24 de Enero de 1871.—Jacobo, Cardenal Antonelli.

Hace tiempo nos dijeron los periódicos extranjeros que la revolución oficial se apresuraba en Roma á tomar disposiciones para el Carnaval, deseando que estuviese muy concurrido y animado. Las cartas que publican la *Correspondencia de Ginebra* y *L'Unità*, lo confirman, y según este periódico, en el afán que tiene el Gobierno de Florencia de hacer creer que en Roma se disfruta completa calma y todo el mundo está contento del actual estado de cosas, habrá en Roma un Carnaval oficialmente estrepitoso.

Para hablar más exactamente, ya le hay, aunque la tranquilidad brilla por su ausencia y el desgobernado crece. Entre tanto, el pueblo romano y las demás naciones, no cesan de dar muestras de adhesión al Pontífice.

Todo esto, de que hablan las correspondencias extranjeras, se ve confirmado por lo siguiente que escriben, con fecha 8, desde Roma, á *La Convicción* de Barcelona:

«Estamos en pleno carnaval. Se han inaugurado en estos festejos y las diversiones propias de estos días de algazara, y continúa la anarquía monsa, propia de nuestro liberal Gobierno.

Los príncipes del Diamante se divierten grandemente; acompañados de un numeroso séquito de empleados y de lacayos-cortesanos, SS. AA. no descansan ni un momento. No hay diversion á la que no asistan, ni se pasa día sin que convienen á su mesa á los aristócratas liberales, de la estofa de los Doria.

En cambio tampoco se pasa día sin que el Padre Santo reciba alguna nueva prueba de afecto; en la última semana fué la diputación de los católicos alemanes la que acordó al Vaticano á deponer sus respetos á los pies del sucesor de San Pedro; hoy ha sido la diputación de la Congregación del Colegio romano la que ha sido recibida por Pío IX, la que ha protestado una vez más de los excesos revolucionarios. Esta nueva muestra de cariño ha conmovido el bondadoso corazón del augusto prisionero de Víctor Manuel, hasta el punto que, según me han contado, las lágrimas han brotado de sus ojos al recibir á los miembros de la diputación expresada.

La junta municipal ha presentado su dimisión, motivada, según opinión general, por los desacuerdos que existen entre aquel cuerpo y el Gobierno de Florencia, cuyas exigencias en que á Roma se refiere sea de cada día más humillantes y mas intolerables. Confieso que nunca hubiera creído que los concejales fueron capaces de este acto de abnegación.

La junta, empero, antes de terminar su misión, ha querido dar un alto ejemplo de patriotismo, ha querido demostrar una vez más cuanto respeto le merecen las notabilidades italianas. En este efecto, en una de las últimas sesiones del municipio se acordó declarar hijo adoptivo de Roma... al valiente general Cadorna, que ha escrito su nombre en una de las más tristes páginas de la historia de la Roma católica. El ilustre Lamoriciere fué también hijo adoptivo de Roma. Cuánta indignación experimentaría aquel valiente y pundonoroso general si hoy viviera! Cuánto sentiría verse colocado junto á Cadorna cuyo solo mérito consiste en ser... otro de los bárbaros con entorchado, que, nuevos hunos mas feroces quizás que los del siglo V se han apoderado de la ciudad eterna.

La sociedad de libres-pensadores ha acordado abrir una suscripción para erigir estatuas á Sabonara y á Sartí. Aqueños inmundos pígnos no saben cómo inventar nuevos medios de ridiculizar á los objetos dignos del mas alto respeto.»

El telégrafo nos anunció días há que en Nueva-York habíase celebrado un meeting para felicitar á Italia y á Víctor Manuel de que la unidad de la Península se hubiese llevado á cabo con la invasión del pequeño territorio pontificio y con el bombardeo de Roma. Ignoramos los detalles de este meeting, su importancia, sus resoluciones, las personas que en él intervinieron: entre tanto llegan estos datos, no será fuera del caso conocer lo que acerca de la opinión pública en los Estados-Unidos de América escribe el más acérrimo enemigo que en la prensa americana tiene el catolicismo, el *New-York Times*, que es uno de los principales periódicos de aquella populosa ciudad y de la república. Dice así:

Ya hemos hablado largamente sobre el hecho vergonzoso de haber celebrado muchos y concurridos meetings en nuestras grandes ciudades para expresar simpatía por la causa del Papa; mas hasta la fecha no se ha levantado ni siquiera una voz de aprobación del pueblo americano acerca de uno de los más grandes acontecimientos de nuestra edad en la historia del progreso y de la libertad. Hemos llegado á saber por personas competentes, y el hecho basta de por sí para que los americanos se avergüencen de la entereza de sus hombres públicos—que ha habido la mayor dificultad para alcanzar que ningún hombre público, desde el Sr. Colfax y aun desde el Sr. Sumner para abajo, proferiera una palabra de simpatía por el suceso tan notable como lo ha sido la unidad de Italia y la liberación de Roma.

Hasta nuestros eminentes abogados, cuyas lenguas, en años de mayor generosidad, hicieron vibrar los corazones de nuestro pueblo con su elocuencia en asuntos de mucha menor importancia, vuelven ahora sus espaldas á este meeting bajo pretexto que tienen compromisos en el tribunal supremo. Ellos llaman la ocupación de su capital por una nación un robo (*public robbery*), y la caída de uno de los gobiernos más estúpidos y reaccionarios de Europa un ataque al derecho público y á la moral cristiana. Mny diferentes de sus hermanos liberales del continente en Francia y en Italia, ellos consideran el Gobierno temporal del Papa como indispensable para su influencia eclesiástica y espiritual.

No sienten la más pequeña simpatía hacia la Europa católica liberal. Ni siquiera hay un solo hombre de estado americano que pueda ser candidato para la presidencia, que no ponga buen cuidado no se le escape una sola palabra en favor de un noble pueblo readquiriendo sus derechos, ó de una capital histórica redimida á la libertad y al progreso.»

Estas airadas frases hablan más en favor de la causa de la Santa Sede que pudieran hacerlo los más entusiastas panegiricos.

En una correspondencia de Roma, fecha 9, que publica *L'Unità*, hallamos el siguiente párrafo:

«El hermoso tiempo que hace me llevó ayer á pasar al amenísimo Pincio, donde me encontré con el príncipe Humberto, que pasaba en coche. Si he de decir la verdad clara y neta, este joven príncipe me daba compasión de verle *pródigo de energías saludables*, casi siempre con sombrero en una mano, cuando de los ciudadanos romanos que paseaban, ni 40 por 100 le devolvía el saludo. Cerca de mí había un numeroso y alegre grupo de elegantes jóvenes romanos que hacían los más divertidos comentarios con este motivo. Acaso el príncipe Humberto conoció que no estaba bien allí, por que después de dar dos vueltas abandonó el paseo.»

*Pródigo de energías saludables*, contestados por

un 10 por 100 de personas.... Está visto, la familia de Saboya es muy obsequiosa.

Mañana inserta una carta de Roma que, después de hablar del municipio, concluye con la siguiente pregunta:

«A propósito: ¿sabéis algo en Turin del camino que han tomado los fondos recogidos por el municipio para socorro de los inundados?»

La pregunta no deja de ser curiosa.

Para conocer el estado de la Italia revolucionaria, su profunda división é inseguridad, son útiles las siguientes noticias que dá al *Diario de Barcelona* una carta de Florencia:

«La Guardia del Papa ha dado lugar en la Cámara á una de esas discusiones instructivas á la par que características. Tratóbase de votar el art. 3.º de la ley sobre las garantías que deja al Soberano Pontífice los cuerpos de guardias que tiene en el día, los cuales forman un total de 800 á 1.000 hombres contando los guardias de honor que pertenecen á las familias más ilustres de Roma. Este número ha alarmado á la Cámara, y se ha visto á uno de los patrios trasfugas del Papa poner su firma al pie de una enmienda que la izquierda proponía para hacer ilusorio dicho artículo.

Se quería obligar con esta enmienda á los guardias del Papa á servir en el ejército y en la guardia nacional; esto es, que en un momento dado Su Santidad pudiera encontrarse á merced de un batallón de guardia nacional ó de línea. La izquierda defendió su enmienda con energía, y tuvo su órgano natural en el Sr. Crispi, que hizo degenerar el debate en una lucha personal entre él y el Sr. Lanza. El Sr. Crispi censuró vivamente al presidente del Consejo por haber hecho siempre una política piemontesa sin haber sabido elevarse á la verdadera política italiana.

La Cámara estaba visiblemente agitada, porque los diversos partidos se hallaban empeñados en el singular debate que había suscitado el Sr. Crispi. Los ministros se miraban y hablaban en voz baja sin contestar al Sr. Crispi que les provocaba. Este espectáculo duró al menos tres cuartos de hora.

El Sr. Lanza estaba inquieto, y se había levantado varias veces para hablar, pero el ministro de Hacienda le contuvo, temiendo prolongar el escándalo.

El silencio del banco de los ministros calmó algún tanto la agitación, y la enmienda al art. 3.º puesta á votación, fué desechada. Después de algunas explicaciones del ponente, Sr. Bonghi, quedó aprobado el artículo por una débil mayoría.

En la tribuna del cuerpo diplomático se veían varios ministros extranjeros. Antes y después de la votación se vio que estos señores hablaban entre sí con desusada animación. Ya puede Vd. figurarse lo que dirían, y tengo datos para asegurarle que las reflexiones de los diplomáticos no eran favorables al Gobierno italiano.

Discusiones de esta naturaleza se suscitaban todos los días cuando el Parlamento se reunía en Roma, y entonces no se trataba ya de conservar una guardia al Papa, sino de garantizar á esta guardia contra las injurias de las turbas. Este es á corta diferencia el tema de las conversaciones de los diplomáticos que en esta ocasión han sido más explícitos que de costumbre.

¿Se aprovechará la lección? Lo dudo, porque se ha llegado á ese punto fatal de donde no se podría retroceder sin dar una gran caída. Todo el mundo reconoce que caminamos hacia un abismo, y todo el mundo dice que es forzoso seguir adelante.»

Según dicen de Francia, al Sr. Thiers se le ha ofrecido ya la presidencia de la Cámara, y la ha reusado terminantemente.

Noticias recibidas de Burdeos dicen que en las elecciones de París han triunfado los republicanos rojos.

Con este motivo suscita un periódico de aquella ciudad, la cuestión de conveniencia de cambiar el punto de residencia del Gobierno francés.

Dice que el lujo de los ricos ha pervertido á los pobres: que la permanencia de multitud de extranjeros, ha cambiado los sentimientos de la población creando una corriente de espíritu cosmopolita que allí reina en todas las clases; que París se ha constituido en un verdadero ejército revolucionario que amenaza no solo la paz pública, en París, sino la de toda Francia y hasta en



